

## LA CIVILIZACION DEL AMOR, UNA PROPUESTA DE PABLO VI

Sergio Silva G., SS.CC.

### INTRODUCCION

#### *Origen y alcance de la fórmula*

El Papa Pablo VI convocó el Año Santo de 1975 bajo el lema de "renovación y reconciliación". En su clausura, en la homilía durante la misa de la noche de Navidad, Pablo VI propuso, como coronación del Año Santo y como prolongación de la renovación de la Iglesia que había traído consigo, la construcción de una "civilización del amor". La fórmula la siguió empleando hasta su muerte, en agosto de 1978. He encontrado treintisiete intervenciones, en su mayoría orales, en las que propone a los cristianos tra-

183

bajar en la construcción de esta civilización del amor. La fórmula fue retomada por Puebla (642, 1188, 1192 y en el Mensaje, 8 y 9) y por el actual Papa, Juan Pablo II, en varias ocasiones. Una reciente intervención del Episcopado Nacional Chileno, conmemorando los noventa años de la encíclica *Rerum Novarum*, lleva por título "Vamos hacia la civilización del amor".

Este relativo éxito de la fórmula podría explicarse porque toca uno de los puntos neurálgicos de la actual situación del mundo, dividido en dos parejas de bloques (Norte/Sur y Este/Oeste), lo que amenaza seriamente la subsistencia misma de la humanidad; con una creciente insatis-

---

facción ante los evidentes desequilibrios y deterioros provocados por el estilo de vida moderno no sólo en la naturaleza sino también en el tejido social y en la propia vida personal.

Además, lo toca en una perspectiva global, que supera las limitaciones de los habituales planteamientos sectoriales que buscan resolver la "cuestión social" o acelerar el desarrollo; perspectiva global que apunta a los problemas de fondo de la cultura moderna, edificada no sobre el amor sino más bien sobre la libertad y el afán de conquista del mundo.

Lo toca, por último, haciendo un llamado a la imaginación creadora, porque se trata de construir algo enteramente nuevo, una civilización del amor para la cual no tenemos modelo.

#### *Método de análisis*

184 El presente estudio se basa en esas treintisiete intervenciones de Pablo VI en que se refiere expresamente a la civilización del amor y en otras quince del mismo período en que, sin emplear la fórmula, se refiere indudablemente a su contenido.

El análisis (que se inspira muy libremente en los métodos de la semántica estructural) va ordenando en torno a la civilización del amor una serie de temas que el Papa toca en el contexto inmediato en que habla de "civilización del amor". \*

#### *Cantidad y calidad del corpus analizado*

Del total de estas cincuentidós intervenciones, tres tuvieron lugar en la última semana de diciembre de 1975, treintuna durante 1976, trece en 1977 y cinco en 1978. Las cifras parecieran indicar una progresiva disminución del interés de Pablo VI por el tema, que podría deberse a una mala recepción de su propuesta en la Iglesia y en la sociedad. Pero esa disminución puede explicarse también

\* Un análisis exhaustivo del pensamiento de Pablo VI sobre la Civilización del Amor debería incorporar también sus intervenciones anteriores a la Navidad de 1975 que tratan estos temas.

porque, siendo un tema nuevo, debía tratarlo más abundantemente al comienzo —de hecho, en los tres primeros meses, desde la Navidad de 1975 hasta el 24 de marzo de 1976, se acumulan dieciséis intervenciones—, mientras que la baja de 1978 se debe a su muerte a mitad de año y al debilitamiento de sus energías en los meses anteriores.

Sólo tres de estas intervenciones son mensajes escritos. El resto son discursos ante públicos muy variados. En quince oportunidades se trata del público de la audiencia general de los días miércoles; en nueve, de la gente que se reúne en la plaza de San Pedro para el rezo del Angelus al mediodía del domingo; hay siete homilías de misa, dos saludos a visitantes ilustres y dieciséis alocuciones a grupos especiales, siete de los cuales son grupos de jóvenes. Por el público al que Pablo VI dirigía su invitación a construir una civilización del amor, podemos deducir que consideraba que este trabajo debería ser de todos los cristianos y muy particularmente de los jóvenes. Por el género que usaba, en cambio, pareciera que no lo consideraba aún un tema maduro para un tratamiento doctrinal y pastoral más a fondo y que comprometiera más oficialmente su autoridad apostólica.

185

### *Plan*

Empezaré recogiendo lo que Pablo VI dice sobre la fórmula misma y sobre la necesidad y oportunidad de su llamado a construir una civilización del amor. Luego analizaré sucesivamente el contenido de la civilización del amor, sus agentes constructores, los medios adecuados para su realización, la fundamentación con que Pablo VI la justifica, el papel que asigna a la Iglesia en esta construcción y su respuesta a la objeción de utopía. Terminaré proponiendo algunas reflexiones críticas.

### *1. VALOR Y ALCANCE DE LA FORMULA "CIVILIZACION DEL AMOR"*

Pablo VI no aparece aferrado a la fórmula misma. Se refiere a ella como a "aquella expresión programática que vino

---

a nuestros labios precisamente en la clausura del Año Jubilar” (3, 154), fórmula que lanzó “de pasada” (6, 6) y que le parece un “título atrevido” (5, 3). “Si gusta, —dice— esa fórmula puede quedar” (6, 6).

Sin embargo, Pablo VI justifica esta fórmula desde dos puntos de vista. En cuanto es una fórmula concisa, casi una consigna: “La búsqueda y la elección de fórmulas sencillas y sintéticas, es propio del talante de nuestro tiempo” (6, 6). Y en cuanto a su contenido mismo: es “un título repleto de significados y de programas” (7, 9), una fórmula que “se presta a aplicaciones y ampliaciones diversas” (16, 31).

## 2. NECESIDAD Y OPORTUNIDAD DE CONSTRUIR UNA CIVILIZACION DEL AMOR

186 La necesidad de construir una civilización del amor se le impone a Pablo VI al considerar la inhumanidad y el desamor que se extienden en la sociedad actual. La oportunidad viene dada por la celebración del Año Santo de 1975.

### *Lo inhumano de la sociedad actual*

‘La tierra está surcada de problemas, agitaciones y conflictos no ciertamente precursores de civilización y de amor, sino más bien de sentimientos y propósitos de odio y de guerra’ (7, 9). El nuestro es “un mundo pavorosamente afligidos por fermentos tóxicos de odio” (46). Lo que al Papa aflige sobre todo son las continuas violencias al respeto por la vida (40, 316).

No cabe un vano optimismo “progresista”, como si el actual progreso pudiera resolver estos problemas. Por el contrario, Pablo VI afirma que se trata de “dificultades que el mismo progreso de la humanidad engendra y agrava” (7, 10), de “problemas actuales, a escalas agigantadas por el progreso técnico y social” (12, 23). El actual “es un mundo que corre el riesgo de derrumbarse bajo el peso de sus mismas contradicciones” (21, 292).

---

Pablo VI va pasando revista en sus discursos a distintos síntomas y manifestaciones puntuales de la inhumanidad de “esta sociedad nuestra sin amor y tan necesitada de reconciliación y de paz” (20).

En el primer plano de su preocupación están las luchas sociales y las guerras. Aunque se da en la humanidad actual una tendencia a la unidad, “con frecuencia, demasiado frecuentemente, su movimiento de convergencia tropieza y se transforma en choques mortales y opresivos” (28); en muchos domina “el afán de las implacables luchas sociales” (1,482). Por otra parte, “episodios, síntomas y estremecimientos de guerra surgen todavía hoy en la vida del mundo y paralizan el avance de la convivencia pacífica, despertando odios y codicias, y rodeando terriblemente de armas una paz precaria y amenazadora, tristeza de una civilización nunca segura de sí” (36). Pablo VI eleva su voz contra ‘la carrera de armamentos y el comercio de las armas’ (3a), contra los “espantosos” programas de armamento, que calculan en frío el potencial de aterradoras destrucciones, superiores incluso a nuestra misma capacidad de traducirlas en medidas concretas” (33, 381).

187

Es inhumana también la miseria, no sólo de individuos o grupos sino de ‘enteras poblaciones’ (3a), de “categorías inmensas de personas situadas en nivel social inferior (...), anomalía demasiado arraigada de la civilización” (27, 121). Son inhumanos, por último, los atentados directos a la vida de las personas, sea, por medio del secuestro (3a), sea por el aborto (3a).

A Pablo VI no le basta con esta enumeración de síntomas. Quiere cavar más hondo en la realidad del desamor. Detrás de esta inhumanidad ve “un vacío de principios nobles y morales” (3, 156) la obra del “instinto del egoísmo, del engaño y de la delincuencia” (36).

A nivel social, Pablo VI cree que la sociedad actual está “desconcertada” (38), y “que sale al encuentro de (1a) necesidad de trascendencia (de la juventud) con sucedáneos

---

tales como los bienes de consumo e incluso las evasiones alienantes del erotismo y la droga” (51, 129).

A los hombres modernos los ve sin la esperanza cristiana, “embebidos de otras esperanzas precarias y muchas veces falaces, pero enormemente sugestivas, como son las materialistas” (12, 23). El Papa se explaya en ocasiones sobre este materialismo actual. El mundo de hoy “está aquejado de un doble materialismo. En primer lugar, la vida económica tiene la tendencia a invadirlo todo, siendo así que no es más que una dimensión, necesaria sí, de la vida del hombre: impone sus constricciones, su lógica, sus ritmos cada vez más rápidos al conjunto de la vida personal y social, desviando y alterando las finalidades superiores de la vida familiar, cultural, política, internacional. Hay, además, materialismo, porque se trata de una dialéctica económica muchas veces falseada en sí misma, y que transmite, por ello, sus propias enfermedades a todos los otros campos de la existencia” (17, 221).

188

Más aún, “el concepto de la paz (...) parece sucumbir ante la fatal fuerza superior de la incapacidad del mundo para gobernarse en la paz y con la paz” (33, 382). La violencia que caracteriza nuestro mundo tiene, entre otras causas, la siguiente: “la sacudida provocada en la sociedad por condiciones de vida deshumanizadoras (cf. GS 27). Tales condiciones de vida provocan, sobre todo en los jóvenes, frustraciones que desencadenan reacciones de violencia y agresividad contra ciertas estructuras y coyunturas de la sociedad contemporánea que quisiera reducir a los jóvenes a simples instrumentos pasivos. Pero su contestación, instintiva u organizada, se dirige no sólo a las consecuencias de estas situaciones penosas, sino también a una sociedad rebotante de bienestar material, satisfecha y gozosa, pero privada de ideales superiores que dan sentido y valor a la vida (...). En una palabra, una sociedad desacralizada, una sociedad sin alma, una sociedad sin amor (...). En el secreto de su corazón, estos ‘huérfanos’ ¿acaso no aspiran desde los fondos de esta sociedad madrastra a una sociedad materna y, en fin, a la maternidad religiosa de la Madre universal, a la maternidad de María (...) una madre situada en

---

pero privada de ideales superiores que dan desacralizada, una sociedad sin amor (. . .). En el secreto de su corazón, estos 'huérfanos' ¿acaso no aspiran desde los fondos de esta sociedad madrastra a una sociedad materna y, en fin, a la maternidad religiosa de la Madre universal, a la maternidad de María (. . .) una madre situada en el vértice de una el vértice de una sociedad del amor?" (48-85-86).

El último término, la nuestra es una sociedad "necesitada de Cristo" (38). El Año Santo "nos ha abierto los ojos: el mundo tiene necesidad del Evangelio" (5). No es de extrañar, entonces, el llamado a la oración, a la que llama "el lenguaje superior de la 'civilización del amor'" (15, 29).

### *El fruto del Año Santo de 1975*

Su llamado a construir la civilización del amor lo presenta Pablo VI como el fruto —natural, estaría tentado a decir— del Año Santo celebrado en 1975. Esta celebración debe proyectarse hacia el futuro, logrando una auténtica renovación perdurable. Esta "herencia" del Año Santo (3, 156) es la civilización del amor (ver 1,482; 3,154-5, 6,6 7,9 y 11).

189

En cuanto renovación traída por el Año Santo, la civilización del amor tiene dos caras: una religiosa, la otra civil (ver 3,154). Pero no son dos caras simétricas. La civilización del amor subraya la renovación civil, social, que la celebración del Año Santo debe traer consigo. Al término de esta celebración, Pablo VI se pregunta: "Y ahora, ¿qué se hace?". Su respuesta: "Para nosotros se abre inmediatamente un período nuevo de intensa actividad religiosa y pastoral, para nosotros, digo, que queremos estar atentos a los 'signos de los tiempos', y que queremos, sobre todo, valernos de las gracias y de los propósitos del Año Santo para dar impulso a una nueva y más fervorosa fase de la vida eclesial. Hemos aludido ya a la promoción de una nueva, más coherente y más activa vida cristiana, la cual debería reflejarse, hasta públicamente, en una forma mejor de concebir y de llevar a término nuestra existencia colectiva, esa forma que ya ha tomado el título atrevido de 'civilización del amor'" (5, 3).

---

Por su parte, esta renovación religiosa —personal y de la vida de la Iglesia— debe ser la “residencia” o el “taller” de la civilización del amor, el “edificio espiritual en que (ésta) ha de encontrar su justo puesto” (13a).

### 3. EN QUE CONSISTE LA CIVILIZACION DEL AMOR

Para Pablo VI la civilización del amor es “la verdadera civilización” (28; 33, 382), “entendiendo por civilización aquel conjunto de condiciones morales, civiles, económicas, que permiten a la vida humana una posibilidad mejor de existencia, una racional plenitud, un feliz destino eterno” (3, 155).

190 Pablo VI insiste en este carácter humanizador de la civilización del amor, en su afirmación de los auténticos valores de la vida. ‘Si hemos comprendido esto, podemos darnos cuenta del carácter de la civilización que quisiéramos hacer surgir del amor; una civilización que, precisamente por brotar del amor hacia la humanidad y estar orientada a hacerle gozar su dichosa experiencia, tendrá que dirigirse a la búsqueda y a la afirmación de los auténticos y plenos valores de la vida, aunque ello provoque contra esta sabia y generosa empresa incompreensiones, dificultades, oposiciones’ (7, 10). Por eso llama a construir “una sociedad nueva, serena, fundada en la civilización del amor. Entonces (. . .) la humanidad encontrará el camino del progreso, de la serenidad y de la alegría de vivir” (38)

El Papa entra con algún detalle en la descripción de la civilización del amor. Lo que expuso en ocasiones diferentes podemos sistematizarlo de acuerdo a tres niveles de la sociedad: el personal, el grupal y el colectivo.

A nivel personal, pide Pablo VI que ‘el instinto del egoísmo, del engaño y de la delincuencia deje paso al espíritu de mutuo respeto y de colaboración’ (36).

A nivel grupal, el amor en la familia cristiana le parece el primer paso hacia la civilización del amor (2).

Mas, en general, Pablo VI propicia el “advenimiento de una



sociedad más propia de los hijos de Dios. Se trata de instaurar un cierto estilo de relaciones humanas en el ámbito de la familia, de la parroquia, de la escuela —hasta aquí estamos en el nivel grupal, pero lo que sigue se sitúa en el colectivo— y después, poco a poco, también un cierto tipo de estructuras sociales que reflejen la realidad de nuestra condición de hijos de Dios y, por lo tanto, de hermanos entre nosotros” (22). En este nivel colectivo tienen un lugar importante también los valores: “sembrad a vuestro alrededor —pide Pablo VI a un grupo de estudiantes— lo grandes valores de la ‘civilización del amor’: la solidaridad, la hermandad, la dignidad de la persona humana, la superación de toda discriminación o segregación, el servicio a la justicia, la firme voluntad de construir la paz ’ (51, 131).

En definitiva, ‘lo que necesitamos es cambiar decididamente de rumbo; someter y coordinar el crecimiento económico a las exigencias del progreso auténtico del hombre y de la solidaridad social; concebir el crecimiento económico mismo de manera que ayude a los hombres y a las sociedades a superar los condicionamientos materiales e instintivos en lugar de verse atrapados en ellos. Tenemos necesidad de innovaciones arriesgadas y creadoras (cf. *Octogesima Adveniens* 42)” (17, 222-3).

191

Pablo VI afirma que sólo una civilización del amor logrará resolver dos problemas que se presentan en toda sociedad: la síntesis, que fácilmente se vuelve antítesis, entre verdad y caridad (11, 21) y entre paz verdadera y dignidad de la vida (33, 386-7). Respecto del primer problema, dice: “No son juegos de palabras, no son contrastes de escuela, no son dramas fatales de la historia; son problemas intrínsecos a la naturaleza y a la socialidad humana, que encuentran en el Evangelio y, por consiguiente, en esa ‘civilización del amor’ que venimos anhelando como herencia del Año Santo, su humilde y triunfante solución” (11, 21).

---

En algunas ocasiones Pablo VI identifica esta civilización

del amor con la “ciudad de Dios” (24a) o la “ciudad celeste” (6, 6); es decir, la ve como esa “soñada transfiguración de la humanidad finalmente cristiana” (1,482), un estado que no se puede alcanzar en la historia sino que se reserva para su final escatológico, pero que —como veremos más adelante— está destinado a influir en la configuración histórica de la sociedad.

#### 4. LOS CONSTRUCTORES DE LA CIVILIZACION DEL AMOR

192 Pablo VI llama a la Iglesia entera, a todos los cristianos, a colaborar en la construcción de la civilización del amor: “nadie queda excluido ni dispensado de ello” (17, 223; ver 21, 293; 22; 32, 362-3). El laicado tiene en esta tarea un puesto de primera fila (24a), sobre todo los jóvenes: “Jóvenes, vuestra es la tarea entusiasmante de ser portadores de Cristo en esta sociedad desconcertada, necesitada de El más que nunca; sed jóvenes cristianos, testigos verdaderos de su enseñanza, y, con ánimo esperanzado, construireis una sociedad nueva, serena, fundada en la civilización del amor” (38, 220; ver 16, 147; 24,107; 25; 46; 47,563; 51, 131).

En algunas ocasiones el horizonte se amplía y aparece el pueblo o “el hombre de la calle” como constructor de la civilización del amor (26; 42). En su homilía durante la Misa del 1º de enero de 1976 dice Pablo VI: “Nos dirigimos también a todos y a cada uno: a vosotros los que nos estáis escuchando en esta asamblea devota y radiante, a cuantos lo hacen a través de las ondas, a las personas que forman el tejido conectivo de la sociedad, al ‘hombre de la calle’. Todos somos responsables de la paz, todos estamos llamados a colaborar en la paz, llevando al ambiente, a la profesión, a las relaciones diarias nuestro aporte personal para la edificación de una sociedad fundada en el amor” (4, 156 - 7).

Sin embargo, Pablo VI pone ciertas condiciones. Cualquiera no puede ser, sin más, constructor de la civilización del amor. Se requieren para ello algunas cualidades morales. El Papa señala la austeridad de las costumbres (7, 11),

el esfuerzo ascético (13, 25; 26) y lo que podríamos llamar un espíritu de no violencia (18; 40, 316). Está plenamente consciente de que su llamado no es fácil de seguir, porque implica un cambio radical del rumbo que lleva el mundo de hoy, una conversión: “La tarea que hay que realizar es inmensa. No se llevará a cabo sin una conversión profunda de los espíritus y de los corazones, de las mentalidades colectivas, de las estructuras” (17, 223).

Esta conversión supone una acción de Dios. También el esfuerzo por construir la civilización del amor. Podemos hablar de un constructor divino de ella. Pablo VI se refiere a menudo a esta acción de Dios, a veces términos genéricos, es decir, como a esa ayuda o presencia de Dios necesaria para toda acción cristiana, sea cual sea (25; 46) o a esa inspiración que Cristo ejerce en toda la vida cristiana (16, 147; 35, 158); pero, en ocasiones, atribuye a Dios o a Cristo un papel relevante en la obra específica de construcción de la civilización del amor: el Domingo de Ramos, ‘Jesús (es) reconocido como Rey pacífico, fundador de la civilización del amor, de la civilización de la paz’ (36; ver 18; 27, 122).

193

Esto explica el “exclusivismo” cristiano que afirma Pablo VI: “La civilización, incluso la más experta y refinada, no resiste al verdadero y fuerte y coherente amor del hombre por el hombre si Cristo no nos enseña quién es el hombre y por qué se le debe amar” (31, 131); y también su insistencia en la necesidad de recurrir a Cristo: “para que (la caridad, que debe dar testimonio de la civilización del amor) no se apague, alimentadla con aquel fuego que trajo a esta tierra Jesús el Salvador” (34; ver 37).

## 5. LOS CAMINOS PARA CONSTRUIR LA CIVILIZACION DEL AMOR

### *El amor, único camino*

El único camino coherente con la meta que se busca es el amor. Pablo VI es tajante: “Nuestro objetivo es construir una ‘civilización del amor’; pero acordaos bien de que nada puede construir un mundo de amor sino el amor mismo, el

---

cual es a la vez el fin y el medio y, por consiguiente, la sustancia única del vivir humano a escala cristiana" (52, 203; ver 4,157).

Pero se trata no de un vago sentimiento sino de un amor auténtico, que supera la ambigüedad con que el egoísmo acecha al amor, y se hace fraternidad universal, más allá de los límites de la clase social (3, 155-6; 6, 6; 20). Esta superación sólo puede lograrse si el único interés que guía al hombre es el amor a Cristo. Hablando de la sabiduría del amor fraterno que ha guiado el camino histórico de la Iglesia dice Pablo VI: "Ni el odio, ni las contiendas, ni la avaricia serán su dialéctica; sino el amor, el amor generador de amor, el amor del hombre por el hombre; no por interés alguno, provisorio o equívoco, o por algún tipo de condescendencia amarga o mal llevada, sino por amor a Ti; a Ti, oh Cristo, descubierto en el sufrimiento o en las necesidades de nuestros semejantes" (1,482).

194

Este amor debe traducirse en el respeto del hombre y de sus derechos, que es la única base adecuada para la paz: "Donde los derechos humanos son profesados realmente y reconocidos y defendidos públicamente, la paz se convierte en la atmósfera alegre y operante de la convivencia social" (33, 387; ver 35, 158).

Es, por último, un amor realista, que está preparado para la lucha, un amor valiente: "No es un irenismo ilusorio el que nos guía; es una voluntad consciente de la suerte reservada a quien hace del amor social, de la caridad, su principal compromiso personal. Esta suerte es la lucha cristiana, el enfrentamiento con nuevas y persistentes dificultades" (7, 10).

### *Rechazo de la violencia*

Pablo VI es plenamente consecuente. Su afirmación del amor como único camino que lleva a la civilización del amor se refleja en su rechazo de la violencia —rechazo que no es condenación de la lucha, como acabamos de ver. Pablo VI sabe que ante las enormes injusticias de la so-

---

ciudad el idealismo y la generosidad de los jóvenes los puede hacer caer en soluciones violentas, aparentemente eficaces en lo inmediato; por eso dice a diez mil estudiantes secundarios de Roma: "Cuando vuestra generosidad impetuosa tenga que enfrentarse con la constatación de que en la sociedad contemporánea existen situaciones que exigirían un cambio profundo, os podrá asaltar la tentación de buscar soluciones radicales, de rechazar soluciones que no sean inmediatas o, incluso, de ver en la violencia un medio de llevar a cabo la transformación deseada. Ante esa tentación, vuestra respuesta sea, como hemos dicho en nuestro Mensaje para la Jornada de la Paz de este año, *no a la violencia*, porque la violencia no resuelve los problemas de injusticia, sino que sólo crea otros nuevos. Vuestra respuesta sea *sí a la paz*, es decir, sí a la promoción de la justicia, sí a la hermandad, sí a la solidaridad. De esta manera mejoraréis la sociedad, *no destruyendo*, sino *construyendo* algo nuevo y hermoso, en plena adhesión a vuestra vocación de jóvenes y de católicos" (51, 131 ver 20; 33, 386-7; 50).

195

En particular, Pablo VI rechaza esa forma de violencia que es la lucha de clases (23; 27, 121). Pero pone en guardia también contra una tentación sutil y fuerte, la del conformismo: "Observad también cómo en nuestro campo, quizás incluso con las mejores intenciones, es fácil la tentación de caminar al mismo paso de los vencedores, de hoy o de mañana. Sufrir a resultas de la fidelidad sería un compromiso natural del cristiano, desde el día del bautismo en adelante (cf. Juan 16, 20); pero el conformismo, incluso a la loca, ejerce una seducción apoyada por muchas seductoras razones y esperanzas" (27, 122).

## 6. LAS MOTIVACIONES PROFUNDAS DE LA CONSTRUCCION DE UNA CIVILIZACION DEL AMOR

Aunque es la motivación de fe la que ocupa el primer plano, Pablo VI la presenta en dialéctica con las motivaciones humanas.

---

*Los motivos de la fe*

Entre los motivos de la fe sobresalen, como era de esperar, la mención del amor, fuerza que impulsa a la creación de una civilización del amor (17, 225; 18; 24,107; 29,125).

En su raíz está el amor a Dios y el amor de Dios por el hombre (3, 154-5); de esta raíz brota el amor al hermano. Luego de leer algunos pasajes del NT (Rom 12, 1-2 y 9-10; Act. 4, 32) Pablo VI dice que esas palabras “nos hacen pensar en un primer aspecto de esa ansiada renovación que hemos llamado la ‘civilización del amor’ y que no es otra cosa sino el *ágape*, el amor, la caridad animadora principal de nuestro estilo de vida” (8, 13; ver 1,482; 14,215-6; 22; 31,131; 34; 46; 48,89; 52,203).

196 Este amor se hace solidaridad. “Sería necesario un aumento de conciencia (. . .) para realizar de verdad, sin exclusión de ninguna raza ni de ningún pueblo, aquella solidaridad que se impone entre hermanos, creados todos a imagen de Dios” (45; ver 25; 30; 47,563).

La paz es la motivación que ocupa el segundo lugar en cuanto a frecuencia. “Busquemos la paz. ‘Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios’ (Mt. 5, 9)” (23). “Sí, paz, paz, vamos gritando, como mensajero de una idea fija, de una idea antigua, pero siempre nueva por la necesidad presente que la reclama como un descubrimiento, como un deber, como una dicha. La idea de la paz parece un dato adquirido, como expresión equivalente y perfectiva de la civilización. No hay civilización sin paz” (33, 380; ver 1,482).

También la esperanza ocupa un lugar en esta motivación de fe de la civilización del amor. En efecto, la civilización del amor “hunde sus raíces en la esperanza cristiana. No se puede verdaderamente amar con un amor creador de un porvenir ideal, sin esperanza; sin la verdadera esperanza, que es la que está llamada a superar los límites y obstáculos propios de los horizontes temporales”. (12, 23). Por eso Pablo VI denuncia como un gran mal de nuestro tiem-

po la falta de confianza en la esperanza que Cristo ha traído: “¿Qué eficacia puede tener nuestra profesión cristiana para afrontar y resolver los problemas actuales, a escaldas agigantadas por el progreso técnico y social? Entonces cede, con mal disimulada resignación, a la incertidumbre de un cristianismo vivido sin firmeza interior, sin rigor moral, sin incidencia en la vida pública. Y quizás, no valorando el error del cálculo global sobre la fortuna de la vida, se deja de considerar el peso también temporal propio de la esperanza escatológica, es decir, la de la vida eterna” (12, 32-24).

Como centro y cumbre del amor, a la vez que como límite entre el presente y la vida futura, como frontera por la que hay que cruzar, aparece también la fuerza motivadora de la Cruz. “La cruz no sólo forma parte, sino que constituye el centro del misterio de amor que hemos escogido como verdadero y total programa de nuestra renovada existencia” (10, 19).

Por último, está la motivación envolvente de la voluntad de Dios (19, 247) y de la exigencia evangélica (29, 125; 31, 130; 32, 363). La civilización del amor no es, así, más que la puesta en práctica del espíritu de las Bienaventuranzas: “Aquellas palabras sembradas en medio de una sociedad basada en la fuerza, en el poder, en la riqueza, en la violencia, en el atropello, podían interpretarse como un programa de vileza y abulia indignas del hombre. Y, en cambio, eran la proclama de la nueva ‘civilización del amor’, que surgía sobre la base de valores mal vistos y despreciados por la inteligencia obtusa del hombre, inclinado sólo a la tierra; pero que en los designios amorosos de Dios eran instrumentos de redención, de liberación y de salvación” (49, 106).

197

### *La dialéctica con los motivos humanos*

Entre los motivos humanos para construir una civilización del amor están, en general, la vocación y las aspiraciones de la humanidad que busca los fines superiores (25; 33, 382) y, más en particular, la búsqueda de la solidaridad (19,

---

247-248) de la justicia (30; 35, 158) y del respeto a los derechos humanos. Sobre esto último, Pablo VI dijo, en su saludo a Kurt Waldheim, Secretario de las Naciones Unidas que lo visitó el 9 de julio de 1977: “Deseamos, ante todo, que la ONU sea la expresión por excelencia y el contrafuerte de estos derechos humanos, que ella proclamó con toda solemnidad hace casi treinta años. Sería necesario un aumento de conciencia para convertir estos derechos en el criterio de una civilización realmente humana (. . .)” (45).

Junto con apelar a estos motivos, Pablo VI pone en guardia contra las ideologías: “Ninguna ideología os debe esclavizar, ni hacer perder el sentido de la justicia, de la verdad, del amor universal, de la solidaridad que se preocupa del bien común de todas las clases sociales, sin las que ciertamente no se podría esperar ningún progreso duradero. Los que tienen fe en Jesúscristo saben que su verdad hace libres (cf. Jn 8, 32) y que su código de amor es el que hace construir sobre roca (cf. Mt. 7, 24)” (37).

198

Estos motivos humanos y de fe no se yuxtaponen ni se añaden como desde fuera el uno al otro. Por el contrario, en el pensamiento de Pablo VI se hallan íntimamente unidos, como en una relación dialéctica. En efecto, la preocupación por el hombre —el “culto” del hombre, dice— es parte del culto a Dios: “El culto, porque en tal se transforma, el culto que nosotros tenemos del hombre nos lleva a todo esto, cuando reflexionamos sobre la célebra y antigua palabra de un gran Padre de la Iglesia, San Ireneo (— 202): ‘Gloria Dei vivens homo, gloria de Dios es el hombre viviente’ ” (3, 156)

Por otra parte, la preocupación por Dios y por el cultivo de la fe es lo que hace posible el verdadero progreso de la humanidad. El Evangelio, “al revelar a los hombres la profundidad de su vocación divina, libera en ellos energías y una luz irremplazable para orientar y sostener sus esfuerzos hacia una humanidad mejor, hacia lo que Nos hemos llamado la civilización del amor” (19, 248). “La busca, en sí obligada, de los fines económicos e inmediatos, ha hecho olvidar a alguno de los nuestros la búsqueda de los

---



finés superiores de la vida humana, con menoscabo del bien global de que tiene necesidad, del bien moral y religioso, que debe estar siempre por encima de cualquier otro bien deseable, si no por otro motivo, para hacerlo asequible y disfrutable (cf. Mt. 6, 33)” (26, 121-122; ver 30). Esta necesidad de la búsqueda de los bienes morales y religiosos como condición del logro de los fines económicos, políticos y sociales de la humanidad —“Buscad primero el Reinado y la justicia de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura”, dice Jesús en esa cita de Mt. 6, 33— se puede ver también por el hecho de los continuos ‘choques mortales y opresivos’ en que se halla envuelta la humanidad actual: “parece que está claro el por qué. Porque falta un movimiento espiritual adecuado que inspire la armonía entre los hombres y la haga posible, libre y feliz; falta el Evangelio, el indispensable suplemento y mantenimiento de la verdadera civilización que es la del amor” (28). Pablo VI no teme hablar del mundo sobrenatural y trascendente: “Hay que recurrir a ese mundo religioso, que Nos llamamos ‘sobrenatural’. Es necesaria la fe para descubrir ese sistema de eficiencias que intervienen en el conjunto de las vicisitudes humanas, en las que se injerta la obra trascendente de Dios y que las habilita para efectos superiores, imposibles humanamente hablando” (33, 387).

## 7. EL PUESTO DE LA IGLESIA EN LA

### CONSTRUCCION DE LA CIVILIZACION DEL AMOR

Para Pablo VI la Iglesia tiene un papel insustituible en la construcción de la civilización del amor, un papel que tiene dos aspectos, íntimamente unidos, uno de palabra, el otro de acción. En efecto, la Iglesia ofrece para esta construcción “la luz de los principios seguros” (20). Pablo VI llega a decir que Pedro y Pablo, en Roma “os predicán constantemente desde aquí la civilización del amor” (44; ver 40, 316).

Pero no basta con la palabra; se requiere también el testimonio y la acción de la Iglesia. Del amor de Cristo —dice Pablo VI a un grupo de ministros de la Iglesia— “nace nues-

---

tra Weltanschauung, nuestra visión del mundo, nuestra sociología, nuestra 'civilización del amor'. Vosotros, hermanos, Obispos, párrocos y sacerdotes, vosotros diáconos y catequistas, vosotros sois sus primeros realizadores. Vosotros sois los especialistas, los testigos cualificados, los comprometidos a fondo, las víctimas escogidas y los modelos ejemplares" (14, 216; ver 16, 147). En cuanto a la acción: "La Iglesia católica está decidida a continuar y a intensificar su aportación a este esfuerzo común de todos los cristianos (. . .). Todos nosotros debemos colaborar en la promoción de esta 'civilización del amor', que cada vez más vemos como una necesidad de la actividad de los cristianos en ese mundo" (32, 362-363). Pareciera insinuarse una cierta "división del trabajo" al interior de la Iglesia: la acción de los ministros es sobre todo una acción sobre las conciencias (45), mientras que a los cristianos les corresponde la transformación de la sociedad (ver el recién citado 32, 362-363; 43, 369-370).

200

Pablo VI señala que esta colaboración de la Iglesia en la construcción de la civilización del amor es parte de su función profética (22; 35, 158; 43, 370).

La afirmación de este papel de la Iglesia tiene en Pablo VI dos supuestos. El primero es del orden de las convicciones. Hay en la fe cristiana una fuerza que es capaz de renovar y transformar la vida de los hombres, individual y colectiva; una fuerza que deriva de la presencia en la Iglesia del Espíritu del Señor Jesús (11, 21; 12, 23-24; 21, 293; 32, 363-364). De aquí la confianza de la Iglesia: "Ante el arreciar de intereses contrastantes, dañosos para el auténtico bien del hombre, hay que proclamar de nuevo bien alto las formidables palabras del Evangelio que son las únicas que han dado luz y paz a los hombres en análogas convulsiones de la historia" (21, 292). Esta confianza permite y exige a la vez una mirada serena y valiente sobre la realidad del mundo: "el encuentro dialéctico de la Iglesia de hoy con los problemas, las polémicas, las hostilidades, las posibles catástrofes de una sociedad sin Dios, a causa de lo cual la Iglesia experimenta el drama de su historia actualmente en tensión (. . .); todo esto nos habla de que ésta es una hora

---

grande y decisiva que hay que tener el coraje de vivirla con los ojos abiertos y el corazón impávido” (5).

El segundo supuesto es del orden práctico. Para poder contribuir a la construcción de una civilización del amor, la Iglesia tiene que estar muy unida, tanto al interior de la confesión católica como, en lo posible, entre las diversas confesiones cristianas. Sólo así podrá crear en sí misma las condiciones para un encuentro de los hombres como hermanos, en el amor. “Si la Iglesia no es interiormente *una* —dice Pablo VI—, en su misterio que hace que viva de Cristo, y no está *unida*, en su trabazón estructural y social, que la convierte en místico y visible Cuerpo de Cristo, no es ya Iglesia”. Y, luego de citar a San Cipriano, San Agustín y J. A. Mohler, continúa: “A nosotros, incluso sin recurrir a esta áurea literatura, nos será más fácil conocer los caminos que se apartan de la unidad de la Iglesia y, por tanto, de la capacidad de construir una nueva civilización del amor” (8, 13; ver 21, 292-293; 27a). Al recibir al Arzobispo de Cantórbery, Primado de la Iglesia Anglicana, Pablo VI le dice: “Vosotros mismos, hermanos, os preocupáis por traducir el Evangelio en hechos concretos y renovar su actuación en una sociedad de tradición cristiana (. . .) Ese Evangelio constituye el corazón y el alma de vuestra vida cristiana, de la misma forma que inspira la nuestra. La civilización del amor es nuestra común esperanza” (39, 287).

201

En último término, la necesidad de la unidad eclesial no es meramente funcional, no es un mero requisito para la eficacia de su acción en el mundo. Hunde su raíz en el misterio mismo de Cristo: “en el misterio de Cristo la existencia del cristiano es toda comunión: comunión de vida divina recibida en el bautismo, fortificada con los otros sacramentos, vivida en una hermandad real bajo el mismo Padre, como Pueblo de Dios que hacia El camina” (24a).

En este misterio de comunión con Dios encuentra Pablo VI la razón decisiva para rechazar la lucha de clases: “La fraternidad de los hijos de la Iglesia inspira sentimientos muy diferentes: se funda en la caridad, que dilata el corazón a las dimensiones del mundo, creando así las con-

---

diciones para el encuentro de los hombres con sus hermanos, en la escala más amplia que se pueda concebir, y les ayuda a superar los conflictos de intereses entre las clases, naciones y razas” (20).

La conciencia de que el aporte de la Iglesia a la construcción de la civilización del amor es valioso hace a Pablo VI más apremiante cuando llama a los jóvenes a plantearse la posibilidad de la vocación apostólica: “Hay que construir un mundo temporal mejor. Hay un mundo espiritual, óptimo y necesario para la vida presente y futura que, de diversas formas, pide también constructores. Vosotros, principalmente los jóvenes, ¿no oís la fascinante llamada? Nosotros, viejos operarios, lanzamos el grito y esperamos: ¡es tiempo de construir! ¡es más, de construir los constructores, los apóstoles de la ciudad de Dios!” (24, 107).

#### *8. UNA OBJECION: LA CIVILIZACION DEL AMOR ES UNA UTOPIA IRREALIZABLE*

202

Pablo VI se hace la pregunta: “¿Soñamos tal vez cuando hablamos de civilización del amor?” (3, 156). Su respuesta es tajante: “No, no soñamos. Los ideales, si son auténticos, si son humanos, no son sueños: son deberes. Para nosotros los cristianos, especialmente. Más aún, los ideales resultan tanto más urgentes y fascinantes, cuando más rumores de temporales turban los horizontes de nuestra historia. Y son energías, son esperanzas” (3, 156).

La pregunta se la repite en otras modulaciones. Pero la respuesta es siempre la misma. “¿Renunciamos a nuestra ansiada civilización del amor como si se tratase de una inocente, pero fatua ingenuidad? ¿o la reafirmamos de nuevo con impávida voluntad? Sí, debemos reafirmarla con renovada conciencia, con renovada energía. No es un irenismo ilusorio el que nos guía” (7, 9-10). “La paz no es un sueño, no es una utopía, no es una ilusión. No es tampoco la fatiga de Sísifo: no, la paz puede ser prolongada y fortalecida” (33, 382). “La civilización del amor es (. . .) algo que es utopía para los sabios de este mundo, pero profecía para quienes viven en la verdad” (39, 287).

## 9. REFLEXIONES CRITICAS

No se puede desconocer que la propuesta de Pablo VI de construir una civilización del amor tiene una gran fuerza atractiva y movilizadora. Sobre todo para la juventud, siempre dispuesta a vibrar con la posibilidad del verdadero amor.

Pero la juventud suele ser idealista, con toda la ambigüedad que tiene esa palabra: busca un ideal capaz de canalizar y dar sentido a sus tremendas energías constructivas, pero suele caer también en el olvido de las condiciones concretas que favorecen o dificultan y hasta, a veces, imposibilitan el logro de esos ideales.

Por eso es necesario concretar esta civilización del amor, más allá de lo que el propio Pablo VI pudo hacer, hablando como Pastor Universal de la Iglesia. Para concretarla, habría que proponer un modelo acabado de organización de la producción y de relaciones sociales, del sistema educacional y de salud, de la seguridad social y nacional, de las relaciones internacionales, del desarrollo científico —tecnológico, etc. Obviamente no era ésta la tarea de Pablo VI. Sin embargo, en sus restantes escritos se encuentran otras dos zonas de ideas que, vistas en el contexto de la civilización del amor, pueden contribuir a precisar los caminos de su realización. Se trata de su llamado —contemporáneo de esta propuesta sobre civilización del amor— a evangelizar la cultura y las culturas del hombre (*Evangelii Nuntiandi*, sobre todo números 18 a 20) y de su diagnóstico de la actual situación de la sociedad industrial (realizado sobre todo en *Octogesima Adveniens*, pero ampliado, en dirección a sus supuestos culturales, en muchas de sus catequesis de los miércoles). En este diagnóstico ha señalado Pablo VI la influencia decisiva que ejerce hoy la técnica, en la medida en que se vincula cada vez más estrechamente con las ciencias modernas. Esto abre una perspectiva a la vez sobre la hondura y la dificultad de los males actuales y sobre los posibles caminos de superación, que pasan, ineludiblemente, por una transformación radical de la técnica, que la humanice sometiéndola a los

---

valores superiores de la humanidad. En este punto, la construcción de una civilización del amor coincide con la tarea de evangelizar las culturas. Tareas ambas de gran envergadura y en las que los cristianos deberíamos ponernos a trabajar con todas nuestras fuerzas.

La urgencia de esta tarea se redobla por cuanto se trata de crear un nuevo modelo de sociedad, un nuevo estilo total de vida, una nueva cultura. No tenemos para ello modelos ni recetas, que sólo exigen ser aplicados. Tenemos que ir diseñando esta civilización del amor guiados sólo por los principios del Amor y por nuestras capacidades de análisis y de puesta en práctica. En ocasiones, Pablo VI da la impresión de olvidar esta novedad de la tarea que nos propone, como cuando habla de “inaugurar nuevamente” (10, 18, 15, 29) o de “traer de nuevo” (16, 31) esta civilización del amor. ¿Resabios de la que fuera certeza incommovible de la Iglesia en los siglos XVIII y XIX de que el retorno al Antiguo Régimen traería la salvación al mundo moderno? Sea de ello lo que fuere, en el conjunto de lo que Pablo VI ha dicho sobre la civilización del amor pesa más la urgencia de crear lo nuevo, el llamado a la imaginación creadora y a la voluntad de realización.

204

En estas intervenciones sobre la civilización del amor alcanza a traslucirse un elemento fundamental de la antropología de Pablo VI, que creo útil subrayar. Se trata de su concepción de la dialéctica que hay entre la renovación espiritual de la persona y la renovación de la sociedad (tal como ha quedado expuesta en 2.2.). más en general, entre el individuo y las estructuras colectivas de su existencia, entre las cuales están la sociedad (con sus procesos económicos, políticos, tecnológicos y propiamente sociales) y la cultura.

A esa dialéctica se superpone otra: la que hay entre las motivaciones humanas de la acción y las motivaciones de la fe (ver 6.2). Es decir, entre el hombre “natural” y el mundo “sobrenatural” de la fe.

Me parece importante destacar este aspecto del pensamien-

---

to de Pablo VI por dos razones. La primera, porque creo que es muy verdadero, es decir, se ciñe muy exactamente a la realidad del hombre, siempre en la intersección de lo individual y lo colectivo, de lo natural y lo sobrenatural.

La segunda, porque esas intersecciones crean conflicto y surge la tentación de negarlas, suprimiendo uno de sus componentes, mutilando la realidad. De hecho, la vida del hombre es la búsqueda de un siempre renovado y siempre precario equilibrio entre esas dimensiones, que no se integran fácil ni espontáneamente, sino que están siempre en tensión. De ahí el conflicto y la tentación de recuperar la paz suprimiendo cualquiera de los dos polos en tensión. Así se cae —y muchas veces como reacción al exclusivismo contrario— en individualismo y colectivismo, en naturalismo (en su forma actual secularista) y supernaturalismo (hoy como espiritualismos evasivos y alienantes).

Recortada sobre este telón de fondo adquiere la propuesta civilización del amor todo su relieve y su valor. Es civilización —por lo tanto, empresa colectiva—, que brota del amor —lo más íntimamente individual, porque sólo un individuo pleno puede ser sujeto de amor— y trata de hacerlo carne en la sociedad y la cultura. Es civilización —empresa natural, si cabe, porque la naturaleza del hombre es civilizar la naturaleza y la sociedad—, que brota del Amor de Dios manifestado en Jesucristo —donde lo sobrenatural llega a su extremo.

205

Por último, quisiera destacar la conciencia que tiene Pablo VI de que la construcción de una civilización del amor no es una empresa idílica; por el contrario.

Las fuerzas de muerte que ha desencadenado el hombre moderno son de tal magnitud y se hallan enquistadas hasta tal punto en los centros donde se deciden los destinos de la humanidad —incluyendo en esos centros las valoraciones de la mentalidad colectiva, que ponen como meta de la vida el desarrollo ininterrumpido de las capacidades de dominar, de poseer y de gozar— que la transformación que implica construir una civilización del amor va a chocar con

---

enormes resistencias. Pero los cristianos no deberíamos ni sorprendernos ni temer, si es que hemos conocido el amor de Dios manifestado en la Cruz de Jesucristo, no el amor fácil del mundo: "Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Acordaos de las palabras que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Jn. 15, 18 y 20-21).

### *Elenco de los textos analizados*

Las citas entre paréntesis en el texto se refieren al número de orden que los textos tienen en esta lista; cuando se trata de un texto que ocupa más de una página, a ese número se añade, separado por una coma, un número que remite a la página; dos citas se separan por punto y coma.

206

La selección de los textos la hice leyendo el *Osservatore Romano*, edición en lengua castellana (citado OR). Utilicé para ello una selección hecha para el año 1976 por Manuel Madueño y publicada en SEDOI (*Servicio de Documentación e Información del Instituto de Cultura Religiosa Superior de Buenos Aires*) 4, diciembre de 1977, N° 25. Luego revisé los textos en los correspondientes tomos de *Enseñanza al Pueblo de Dios* (Cittá del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, tomo 7, 1975; tomo 8, 1976; tomo 9, 1977 y tomo 10, 1978) y cité según esta edición (que no incluye todos los textos del *Osservatore Romano*). En este elenco cito los títulos que aparecen en *Enseñanza al Pueblo de Dios* (citado EPD, seguido del N° del tomo y de las páginas).

### NOTAS

(1) Nuestra reconciliación con Cristo y con los hermanos en la nueva civilización del amor. Homilía en la Misa de la noche de Navidad de 1975, clausura del Año Santo. EPD 7, 480-482.

(2) Alocución dominical, 28 de diciembre de 1975. OR 7, 1976, 12.



- (3) La civilización del amor. Catequesis del 31 de diciembre de 1975. EPD 7, 154-156.
- (4) Homilía en la Misa del 1o. de enero de 1976. EPD 8, 153-157.
- (5) La consigna del momento actual de la Iglesia: Evangelización. Catequesis del 7 de enero de 1976. EPD 8, 3-5.
- (6) El Reino del Señor. Catequesis del 14 de enero de 1976. EPD 8, 6-8.
- (7) Los auténticos y plenos valores de la vida. Catequesis del 21 de enero de 1976. EPD 8, 9-11.
- (8) La unidad de la Iglesia. Catequesis del 28 de enero de 1976. EPD 8, 12-14.
- (9) Alocución a miembros de la compañía de turismo American Express, 2 de febrero de 1976. OR 7, 1976, 95.
- (10) Vida cristiana, vida difícil. Catequesis del 11 de febrero de 1976. EPD 8, 17-19.
- (11) Verdad y caridad. Catequesis del 18 de febrero de 1976. EPD 8, 20-21.
- (12) Esperanza. Catequesis del 25 de febrero de 1976. EPD 8, 22-24.
- (13) Fortaleza. Catequesis del 3 de marzo de 1976. EPD 8, 25-27.
- (14) Orientaciones doctrinales y pastorales a los sacerdotes. Alocución al clero romano, 15 de marzo de 1976. EPD 8, 213-220.
- (15) Rezar. Catequesis del 17 de marzo de 1976. EPD 8, 28-30.
- (16) La fidelidad. Catequesis del 24 de marzo de 1976. EPD 8, 31-33.
- (17) Orientaciones sociales de la Iglesia a los empresarios católicos. Alocución a la Presidencia del Centro Cristiano Francés de Patronos y Dirigentes de Empresa, 31 de marzo de 1976. EPD 8, 221-225.
- (18) Homilía en la Misa del Domingo de Ramos, 11 de abril de 1976. OR 7, 1976, 192.
- (19) Solucionar rápida y eficazmente las más urgentes necesidades de la humanidad. Mensaje a la Conferencia de la UNCTAD, 28 de abril de 1976. EPD 8, 246-248.
- (20) Alocución a Dirigentes de la Confederación "Coltivatori Diretti", 20 de mayo de 1976. OR 7, 1976, 315.
- (21) Necesidades y problemas de la vida eclesial en el momento presente. Alocución al Colegio Cardenalicio, 21 de junio de 1976. EPD 8, 288-298.
- (22) Alocución a jóvenes de la Asamblea "Veritas", 12 de setiembre de 1976. OR 7, 1976, 428.
- (23) Alocución dominical, 12 de setiembre de 1976. OR 7, 1976, 425.
- (24) Formar la conciencia cristiana. Catequesis del 15 de setiembre de 1976. EPD 8, 105-107.

- (25) Alocución a jóvenes de la Acción Católica Italiana, 25 de Setiembre de 1976. OR 7, 1976, 495.
- (26) Alocución dominical 10 de octubre de 1976. OR 7, 1976, 480.
- (27) Orientaciones para la vida católica. Catequesis del 20 de octubre de 1976. EPD 8, 120-122.
- (28) Alocución dominical en el Día Mundial de las Misiones, 24 de octubre de 1976. OR 7, 1976, 497.
- (29) La hora de la Evangelización. Catequesis del 27 de octubre de 1976. EPD 8, 123-125.
- (30) Alocución dominical, 31 de octubre de 1976. OR 7, 1976, 510.
- (31) Centrar nuestra atención en Cristo. Catequesis del 10 de noviembre de 1976. EPD 8, 129-131.
- (32) El camino para la unión de los cristianos. Alocución al Secretariado para la Unión de los Cristianos, 12 de noviembre de 1976. EPD 8, 361-364.
- (33) Si quieres la paz, defiende la vida. Mensaje para la Jornada de la Paz, 8 de diciembre de 1976. EPD 8, 380-388.
- (34) Alocución a los Miembros de la organización "Fiaccola della Carità" (Antorcha de la caridad) en la audiencia general del 15 de diciembre de 1976. OR 7, 1976, 583.
- (35) Análisis de las tensiones del mundo actual y apremiante llamada a romper la espiral de la violencia. Alocución al Cuerpo Diplomático, 15 de enero de 1977. EPD 9, 152-160.
- (36) Alocución dominical, Domingo de Ramos, 3 de abril de 1977. OR 8, 1977, 180.
- (37) Alocución a tres mil universitarios durante la audiencia general del 6 de abril de 1977. OR 8, 1977, 171.
- (38) Alocución a estudiantes de la Diócesis de Aversa (Italia), 23 de abril de 1977. OR 8, 1977, 220.
- (39) Progresar en nuestra peregrinación de amor y unidad en el Señor Resucitado. Saludo al Arzobispo de Cantórbery, Prímado de la Iglesia Anglicana, 28 de abril de 1977. EPD 9, 286-287.
- (40) La Beata María Rosa Molas y Vallvé. Homilía en la Misa de su beatificación, 8, de mayo de 1977. EPD 9, 313-317.
- (41) Alocución dominical, 15 de mayo de 1977. OR 8, 1977, 249.
- (42) Alocución dominical, 12 de junio de 1977. OR 8, 1977, 292.
- (43) San Juan Nepomuceno Neumann. Homilía en la Misa de su canonización, 19 de junio de 1977. EPD 9, 366-370.
- (44) Alocución dominical, 26 de junio de 1977. OR 8, 1977, 313.
- (45) Saludo a Kurt Waldheim, Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, 9 de julio de 1977. OR 8, 1977, 352.

(46) Alocución a jóvenes de la Asamblea "Veritas", 11 de septiembre de 1977. OR 8, 1977, 428.

(47) No a la violencia, sí a la paz. Mensaje para la Jornada de la Paz, 8 de diciembre de 1977. EPD 9, 556-563.

(48) María y la paz. Homilía en la Misa del 1º de enero de 1978. EPD 10, 83-89.

(49) Lucha contra la lepra y contra todas las lepras que se extienden por la sociedad contemporánea. Homilía en la Misa con ocasión de la 25ª Jornada Mundial de los Leprosos, 29 de enero de 1978. EPD 10, 105-111.

(50) Alocución al Colegio de Defensa de la OTAN, 4 de febrero de 1978. OR 9, 1978, 80.

(51) Llamado del Papa a los jó-

venes para transformar el mundo y construir la civilización del amor. Alocución a diez mil estudiantes secundarios de Roma, 25 de febrero de 1978. EPD 10, 127-132.

(52) Nueva llamada del Papa a los jóvenes para construir la civilización del amor. Alocución a doce mil jóvenes de la Acción Católica Italiana, 20 de mayo de 1978. EPD 10, 202-205.

Nota.— En cinco casos he utilizado también el resumen en castellano de la Catequesis hecho por el mismo Pablo VI en la audiencia general, que publica el OR. Se trata de las Catequesis 3, 7, 13, 24 y 27. Se citan 3a, 7a, 13a, 24a, y 27a, respectivamente. Los textos se encuentran en el OR 7, 1976, pág. 4, 40, 112, 428 y 488.